

Primer Premio
IX concurso Relatos Cortos Atzavares

Un número más

Mario Abril Fernández

Bashir se levantaba cada mañana, justo antes de que el sol emitiese los primeros rayos del día. Dormía junto a su hijo de diez años. Lo había tomado como un ritual. Se despertaba sin necesidad de despertador, besaba en la frente a Sa'íd, lo arropaba y se preparaba una infusión. Daba sorbos, pausados, uno detrás de otro mientras contemplaba como el cielo comenzaba a iluminarse. Los rayos del sol caían sobre las casas creando un juego de color único, que tan solo podía contemplarse, según comentaba siempre emocionado Bashir, en El Aaiún. Hacía meses que la calma había vuelto al Sáhara Occidental. La violencia había remitido pero no la lucha.

Aribah, la madre de Sa'íd, murió durante el parto. Fueron horas de sufrimiento que terminaron por quitarle todas las fuerzas hasta la extenuación. Desde entonces Bashir tuvo que ejercer el papel de padre y madre, siempre ha intentado proteger a su hijo sin restarle libertad, sin hacerle responsable de haber perdido a lo que más quería durante su nacimiento. Una mala noticia, pésima, le dejó lo mejor que podía dejarle, su primogénito. La relación entre Bashir y Aribah fue única, prácticamente de cuento. Ambos se conocieron cuando eran apenas unos niños y desde entonces no se separaron. Bashir la respetó siempre, jamás le prohibió ni le exigió vestirse de una u otra manera. No seguía las normas musulmanas y eso fue lo que hizo a Aribah sentirse única.

Bashir tenía una tienda de alimentación en la Avenida La Meca, en pleno Aaiún. Los fines de semana montaba su puesto en el mercado de la ciudad para sacarse un sobresueldo. Era la única manera de dar a Sa'íd los caprichos que no podía negarle. Los vecinos Nasira y Taysir eran amigos de la familia desde la juventud. Cuando Bashir se quedó viudo se volcaron con él y su hijo. Todas las mañanas Nasira se encargaba de llevarlo junto a su hija Hasna a la escuela. Tenían la misma edad. Fue casi como un acuerdo entre ambas parejas. Pero aquella mañana fue diferente al resto. Bashir recibió en la tienda a un señor. Alto, enjuto, de barba frondosa y con el atuendo típico del lugar en tonos blancos y ocres. Estuvieron hablando durante horas. Tuvo que colgar de la puerta el cartel de "Vuelvo enseguida" pero se hizo la hora del cierre y Bashir todavía seguía charlando con aquel hombre. La propuesta era llevarles

hasta Canarias en compañía de otros ciudadanos de El Aaiún a cambio de una cantidad considerable de dinero. Todo parecían facilidades, no solamente con el pago, si no con lo que le ofrecía para él y su hijo una vez alcanzase la isla. Le aseguraba un hogar y un trabajo, similar al que tenía ahora mismo. El dinero se pagaría en tres veces en el caso de que aceptase el trato. Una en unos días, otra en la visita previa a la salida y otra en el mismo momento de la salida. Bashir sentía temor pero a la vez estaba ilusionado. Aunque El Aaiún ahora mismo se mantenía en calma sabía que tan solo era cuestión de unos días que volviese el conflicto. Solo pensaba en Sa'íd, en lo que podía ser bueno para él. En Canarias podrían empezar una nueva vida, lejos de guerras abiertas, sumidos en una paz que hacía tiempo desconocían.

Bashir cerró aquella mañana su tienda y volvió a casa absorto en sus pensamientos. ¿Qué haría Aribah si estuviese aquí?, pensaba. Ella era la sensatez. Tenía respuesta y solución a todos los problemas. De camino a casa se encontró con Taysir, su vecino que como él había salido más tarde del trabajo aquel día. Evitó comentarle nada de la propuesta de aquel hombre. Quizá él podría aclararle la cabeza pero en el fondo tenía miedo de que le quitase de la mente la ilusión. Cuando llegó a casa preparó algo rápido para comer. Sa'íd no era un gran comedor, a veces comía únicamente porque era necesario para sobrevivir. Durante la comida, Bashir no podía parar de mirarle, de manera entrañable, con los ojos vidriosos, al borde de la lágrima. Pensaba en el futuro de su hijo, en verle yendo a la universidad, sacándose sus estudios de abogado y siendo feliz. Sa'íd no tenía claro qué quería estudiar, es más, ni tan siquiera lo había pensado a esa edad, pero era el sueño de Bashir. Él siempre quiso ser abogado, ayudar a los demás. De joven decía que solo defendería a los buenos, pero su padre le borró la idea de la cabeza de un sopapo.

- Tú heredarás la tienda y no se hable más. –le dijo.

Su padre siempre había sido un hombre distante, dueño de su casa, su familia y su esposa. Los dominaba a todos, bajo su techo había que hacer todo cómo él lo decía. Quizá por eso, cuando Ashir encontró a Aribah quiso ser todo lo contrario. Quiso que su esposa, a la que amaba con locura, tuviese tanta o más libertad que él.

- Sa'íd, ¿tú eres feliz en El Aaiún? –preguntó Bashir.

- Sí, papá, ¿por qué lo preguntas? –respondió.

Bashir pensaba que la respuesta de su hijo era en un tono complaciente. ¿Cómo iba a decirle que no era feliz allí, en esas tierras junto a su padre, donde él pasó tantos momentos con su madre?

- Verás, Sa'íd. Me han ofrecido un viaje a Canarias, para... para ver en concierto a Aziza Brahim, tu cantante preferida. Además podríamos quedarnos allí unos días de visita, ¿qué te parece?

Sa'íd soltó el tenedor y corrió a abrazar y besar a su padre. Aziza era su amor platónico. Representaba para él, no solo la belleza ideal sino la mujer luchadora. Ella vivió en los campamentos saharauis y vio morir a su padre en las tierras de El Aaiún.

- ¿Pero cuándo nos vamos? –dijo emocionado.

- En un par de días, Sa'íd tendrás que dejar el colegio hasta que volvamos.

Volvió a besarle y salió corriendo para contarle la noticia a Hasna, su vecina y primer amor. Ella le abrazó contrariada. Se sentía emocionada porque sabía lo importante que era Aziza Brahim para él pero por otra parte le daba miedo ese viaje.

- Parece que no te alegres, Hasna –dijo.

- Claro que me alegro, Sa'íd. Pero te vas así de repente y ni siquiera sabes cuándo volverás – contestó.

- En unos días, voy a estar bien. De verdad –la besó.

Ambos tenían su refugio. En la parte trasera de las casas había un pequeño corral con un cobertizo donde se veían a escondidas. Creían que sus padres no eran conscientes de aquella relación furtiva y preadolescente, pero lo cierto es que todos eran cómplices de aquel amor. A Bashir le recordaba a los inicios con Aribah. Cuando se buscaban, se perseguían o se besaban a escondidas de su padre. Desde la ventana, Bashir les contemplaba jugar, besarse de manera inocente entre risas y algún que otro llanto fruto de la noticia. Se reclinó sobre el sofá, agarró entre las manos la foto de Aribah y la abrazó fuerte contra su pecho. Le torturaba saber si realmente estaba haciendo lo correcto o aquello era una locura. Había decidido empeñar la tienda a cambio de ese viaje. Si algo salía mal tendrían que volver y buscarse la vida de nuevo.

- Tú siempre me decías que era un cobarde, Aribah. Pero no puedo tomar esta decisión sin ti, sin que tú estés a mi lado y me digas aquello de: «Arriesgar o morir, cariño». En mi mente no suena tan convincente como en tu voz. Lo hago por Sa'íd, no quiero que crezca en el conflicto, viviendo en el sobresalto diario. Merece ser feliz plenamente. Cuando lleguemos a Canarias llamaré a Taysir y le convenceré para que se vengan con Nasira y Hasna. Estoy seguro de que el también querrá lo mejor para las suyas, y El Aaiún, Aribah, no es lo mejor ahora mismo y creo que en mucho tiempo no lo va a ser. Cuando llegue a Canarias y vea la situación mandaré

poner en venta la casa. Está llena de ti, de recuerdos, pero sé que me obligarías a deshacerme de ella si lo necesitase –dijo en soliloquio mirando la imagen de Aribah entre sollozos de autoconvencimiento.

A la mañana siguiente, Bashir contactó con el señor que había organizado el viaje para negociar con él el empeño de la tienda y aceptar la propuesta. El hombre, aunque algo reticente, acabó por aceptar el pacto. Le dio las instrucciones. A las cuatro de la madrugada habría un coche esperando al final de la Avenida La Meca. Allí, acompañados de otros compañeros serían llevados hasta la playa El Bir, del Aaiún, donde un barco les conduciría a Canarias. Le aseguró que las horas eran tan intempestivas porque resultaba más económico y evitarían otros problemas que no quiso detallar.

Bashir volvió a casa y comenzó a hacer el equipaje. El señor había remarcado que no podían ir excesivamente cargados. Una pequeña mochila con algo de ropa para los primeros días en Canarias, una vez allí se les facilitaría todo lo necesario. Sa'íd estaba emocionado desde que el día anterior había recibido la noticia. Todavía no se creía que iba a poder conocer a su artista preferida, por la que sentía tantas cosas. Aquella última tarde en El Aaiún decidió pasarla con Hasna. Dieron una vuelta por los alrededores y acabaron en el refugio. Allí los besos no dejaban fluir las palabras, las risas se entremezclaban con los sollozos de despedida.

- Te voy a echar de menos, Sa'íd –dijo ella mirándole a los ojos.

- Hasna, no te preocupes, en unos días estoy de vuelta. –la tranquilizó.

- Tengo mucho miedo al mar, a los barcos y todas esas cosas. Se oyen tantas cosas en las noticias... -dejó caer.

- No me va a pasar nada, mi madre me protege. Y tú también puedes hacerlo desde aquí.

- ¿Cómo? –preguntó extrañada.

- Mira, cierra los ojos. ¡Ciérralos! –dijo ante la irreverencia de Hasna. ¿Los tienes cerrados? Bien. Ahora junta las manos fuerte, así. Ahora, piensa en nosotros, en los momentos que hemos pasado juntos aquí en el refugio. Si haces eso, no va a haber ningún problema. –dijo sonriéndole mientras Hasna volvía a abrir los ojos.

- Ten, quiero que lleves esto contigo. También te protegerá. –se soltó del pelo un gancho.

Sa'íd lo metió entre sus manos y lo apretó con fuerza. El gancho tenía unos pequeños cristalitos que dibujaban en tonos verdes y rosas una flor. Él le dio su colgante. El resto de los

minutos los pasaron recordando anécdotas, haciéndose cosquillas, besándose y mirándose hasta desgastarse.

Cuando el reloj marcó las tres de la mañana, Bashir despertó a Sa'íd con un beso en la frente, como hacía cada día. Tenían una hora para arreglarse, tomar algo y bajar la Avenida en busca del coche. Pese a que el sueño podía con los ojos de Sa'íd no dejaba de dar las gracias a su padre por el detalle. Antes de salir de casa, Bashir se acercó a la mesilla que estaba junto al sofá, extrajo la imagen de Aribah del portarretratos y se la introdujo en el bolsillo. Sentía que así iba a estar más protegido.

Como había comentado el contacto, el coche estaba allí esperando. En el interior, el conductor y dos personas más que también se dirigían a subirse a aquel barco, destino: Canarias. Las casas quedaban recortadas por el suave haz de luz de la iluminación de las calles. Bashir estaba temblando. Le podía el riesgo, pero la mirada ilusionada de Sa'íd era su tranquilidad.

Cuando llegaron a la playa, tan solo los faros del coche alumbraban la barca repintada para dar sensación de nueva. En la orilla, entre susurros, el hombre enjuto daba las últimas instrucciones. Al otro lado, en Canarias le estarían esperando. No habría pérdida para encontrar al contacto en la isla. Seis personas, aparte de Bashir y Sa'íd subieron a la embarcación. Junto a ellos, el conductor del coche que les había acercado hasta El Bir. Al parecer él también quería dejar atrás El Aaiún. Tras los últimos apuntes, se adentraron en el mar.

El frío comenzaba a calarse en los huesos a causa de la humedad. Bashir buscó en la mochila una chaqueta para tapar a Sa'íd que estaba aterido. Un pequeño farol alumbraba la oscuridad y la mirada de pánico de los viajeros. El oleaje comenzaba a embravecerse conforme se adentraban en el mar. Algunas olas conseguían impactar con fuerza contra la endeble barca hasta colar agua en el interior. Minutos después los pies estaban sumergidos. Sa'íd se apretaba a su padre, mientras a la vez apretaba en su mano el gancho del pelo que le había dado Hasna. Cerraba los ojos y pensaba en ella con fuerza; lo acompañaba en su mente de la voz de Aziza Brahim. Pensaba contarle toda aquella odisea que había llevado a cabo con su padre solo para verla. Bashir agarraba contra sí a su pequeño mientras en su bolsillo tocaba la foto de Aribah buscando su protección. Una fuerte ola les sacó de sus pensamientos y de la barca. Todos los viajeros cayeron al mar al volcar. Bashir buscó a Sa'íd, gritó su nombre con fuerza. Su exclamación se perdía en la oscuridad. Al otro lado de la barca, una voz débil le llamó. Bashir

nadó en su busca. Allí estaba totalmente atemorizado e indefenso, agarrando el gancho con tanta fuerza que llegaba a clavárselo en la palma de la mano.

- ¡¿Sa'íd?! ¡Sa'íd! Sa'íd, ¿estás bien pequeño? –dijo cogiéndole.

- Papá, tengo mucho frío. No me noto los pies –confesó llorando.

- No pienses en eso, ¿eh? Mira, piensa que mañana estaremos en Canarias, ¿vale? –dijo intentando distraerle. ¿Has oído hablar del sol de Canarias? Dicen que no tiene nada que envidiar al de El Aaiún.

Ambos se agarraron fuerte. Entre los viajeros intentaron dar la vuelta a la barca pero la fuerza de la ola la había resquebrajado. No había chalecos salvavidas. El capitán aseguraba que no quedaba mucha distancia para alcanzar la costa Canaria.

- Además suele haber vigilancia por esta zona, no tardarán en encontrarnos. Lo mejor es comenzar a nadar dirección a Canarias. Cuando os veáis exhaustos deteneos y dejad que la corriente os vaya llevando –explicó.

Bashir y Sa'íd comenzaron a nadar. Sin soltarse, como si yendo juntos fuese imposible que les sucediese algo. Bashir intentaba dar conversación a Sa'íd mientras él no paraba de quejarse del frío que sentía. «No lo pienses» le repetía. Pero el pequeño cada vez respondía menos a su padre. Tan solo se escuchaba el castaño de los dientes en el silencio de la noche. De vez en cuando, Bashir le preguntaba si estaba bien para confirmar que el frío no había podido con él. Hasta que no contestó.

- ¿Sa'íd? ¡Sa'íd, contéstame! ¡Sa'íd, dime algo! ¡No, Sa'íd, tú no! –lloró y lo zarandeó para hacerle reaccionar.

La baja temperatura del agua había podido con él. La hipotermia había acabado con la vida de Sa'íd.

Minutos después una embarcación de salvamento del Gobierno Canario les sacaba del mar. El cuerpo de Sa'íd estaba sin vida. En su mano estaba clavado el gancho de Hasna y sobre él, su padre lloraba de rabia e impotencia. Colocó sobre su pecho la imagen empapada de Aribah. Puso la mano encima y se culpó. Había engañado a su hijo para intentar darle una vida mejor pero había terminado con ella. Sa'íd se convertía en una cifra más. En un número de esos con los que los informativos abrirían al día siguiente para informar de una patera que

había volcado. ¿A bordo?, ocho adultos y un niño, único fallecido. Pero ese niño era Sa'íd, su hijo, lo único que le quedaba y por cuyo final siempre se sentiría culpable.